

ben comprometerse con el conocimiento y las prácticas indígenas, muchas de las cuales contienen valiosas ideas sobre cómo vivir de manera sostenible.

Si bien el ensayo es una excelente contribución al debate ecoteológico contemporáneo, no por ello deja temas pendientes que deberán ser explorados en el futuro. Por un lado, las reflexiones teóricas necesitarán confrontarse con las realidades particulares del vasto continente africano y con las iniciativas que las iglesias locales están poniendo en práctica sobre el terreno. En este sentido, la exploración del mundo bantú muestra el interés de profundizar también en los otros dos grandes ámbitos culturales africanos: el nilótico y el cushita. Por último, la visión cosmoteándrica formulada por el teólogo y filósofo Raimon Panikkar puede enriquecer enormemente la visión africana expuesta por Mushipu, ya que ambas poseen numerosos elementos en común.

La théologie africaine face à l'urgence écologique es una obra importante y provocadora que desafía a los cristianos, tanto africanos como de otros continentes, a tomarse en serio su responsabilidad hacia el mundo creado. Se trata de una llamada a la teología para que revise su epistemología, enriquezca su antropología e incorpore la contribución de la ética ecológica, sin perder la capacidad de dialogar con las cosmologías de los diversos pueblos con los que el cristianismo se ha encontrado a lo largo de la historia.

Jaime Tatay, SJ

Universidad Pontificia Comillas

jtatay@comillas.edu

O'CALLAGHAN, Paul: *Desafíos entre fe y cultura: dos hermanos de sangre en la dinámica de la modernidad*, Rialp, Madrid 2023, 208 pp. ISBN: 978-84-321-6617-4.

El libro del sacerdote y profesor Paul O'Callaghan se divide en dos grandes bloques: uno dedicado al desafío que la fe presenta a la cultura y otro consagrado, a la inversa, al reto que la cultura plantea a la fe. En el primer caso, todas y cada una de las culturas están llamadas a dejarse ennoblecer por la fe, que no se agota en ninguna de ellas. Y en el segundo caso, la cultura tiene que poder aterrizar la fe, concretarla en cada situación y hacerla así comprensible y vivible. Por cierto, el autor del libro antepone a ambos bloques unas pocas páginas en las que quiere aclarar el sentido de las palabras que titulan su libro: "fe", "cultura", "desafío" y "modernidad". Después, la obra concluye con un epílogo un tanto inesperado —pero que sorprende para bien— acerca del liberalismo y el conservadurismo.



Para O'Callaghan, la fe no puede inculturarse en nuestro mundo occidental tal como se hizo originalmente. La cultura grecolatina era precristiana, mientras que la nuestra, por mucho que haya querido independizarse de la fe cristiana, no habría sido posible sin ella. De esta manera, para el autor, nuestra cultura actual posmoderna es la secularización de

cuantas cosas lograron entenderse desde una perspectiva cristiana. Es lo que constituye, pues, el patrimonio de Occidente. Siguiendo al rabino Jonathan Sacks, O'Callaghan recuerda cuál es este patrimonio, comentando cuáles son las aportaciones básicas de la fe judeocristiana.

En cuanto al desafío cultural de la fe, el autor examina cuatro temas clave: la racionalidad, la libertad, la igualdad y el espíritu de dominio. Sobre el primer tema, la soberbia de la razón moderna nos hace pensar deficientemente. Para que el ejercicio de la razón no se limite a los problemas y se abra, pues, a los misterios —como diría Marcel— precisa de la humildad. Ella es la que, precisamente, da fuerzas para pensar el sentido de la vida —su por y para qué, y no sólo el qué y el cómo de cuanto en ella encontramos—. Este sentido —el misterio revelado en el que tenemos fe— es justamente lo que amplía el horizonte de la razón más allá de las estrecheces científicas y utilitarias. Estas se deben, para O'Callaghan, a que la razón moderna ha privilegiado el pensamiento discursivo, calculador en detrimento del intelecto intuitivo, contemplativo que los filósofos griegos tuvieron por superior —posibilitando así la inculturación de la fe, especialmente en lo que respecta a los estoicos y los neoplatónicos—.

Si bien es esta razón contemplativa la que recibe la iluminación divina, desde el cristianismo se la entiende de modo individual, para cada hombre. Además, el *logos* griego fue, para los paganos, una realidad contingente (derivada de Dios), por la cual la divinidad, por así decirlo, pone el mundo sin ensuciarse las manos. En cambio, para los cristianos, el *logos* es Dios mismo —no sólo *por quien*, sino también *para quien* todo se crea—. En efecto, según el autor, la mediación de la creación cobra su sentido gracias a la finalidad. A última hora, Cristo es la clave: es el *logos* divino que no sólo salva, sino que antes crea inteligentemente. De hecho, si salva del pecado es, precisamente, para reconducir la creación por la senda de la inteligibilidad: esto es, para que la creación cobre todo su sentido providencial. Con la encarnación, el *logos* de Dios se une en cierto modo a todo hombre. Por esta filiación adoptiva la razón humana de cada cual participa de la razón crística. Cristo nos hace racionales, como dice sencilla pero contundentemente O'Callaghan.

Ahora bien, la racionalidad no es la única dimensión humana que se ha degradado con el olvido de sus raíces religiosas. Lo mismo sucede, según el autor, con la libertad. Este ha exagerado su autonomía hasta el punto de degenerar en la arbitrariedad. De esta manera, la modernidad ha pretendido ensalzar la libertad negativa (o libertad “de”) olvidando la responsabilidad inherente de la libertad positiva (libertad “para”). Lejos de ser una convicción común la idea de que, si Dios no existe, todo parece permitirse, lo que más bien se cree es que, si Dios existe, entonces la libertad del hombre se ve limitada —o si el hombre es libre, entonces Dios no existe—. Para colmo, a esto se añade la idea científicista de que, al mismo tiempo, en realidad no somos libres. Así, la libertad negativa no sería más que la ausencia de obstáculos frente a los automatismos que nos gobiernan. Para el autor, sin embargo, es preciso recordar que tenemos una libertad para decir “no” a toda tentación. Es la que tuvo Jesús, cuya paciencia y confianza en Dios, que no nos dejará solos, ha de ser el modelo para todo cristiano. En esta actitud vital se cifran, para O'Callaghan, todo el gozo y toda la paz interior del que un hombre es capaz, aun en medio de la pasión martirial. Dejar que Dios nos regale esta posibilidad es, pues, un desafío que la cultura de la libertad moderna plantea a la fe.

Desde la perspectiva cristiana, las personas libres tampoco somos realidades cerradas y autosuficientes. Por ello, los demás no son los instrumentos de mi egoísmo, sino los

miembros solidarios de una comunidad de iguales, que se necesitan mutuamente. Estos miembros no quedan absorbidos en la totalidad; al contrario, están en comunión conservando su diversidad. La igualdad que caracteriza a la gran familia humana reside en nuestra imagen de Dios, cuya semejanza consigo quiso Dios restaurar en nosotros, misericordioso y fiel, merced a la Encarnación. Con todo, ¿qué pasa con las diferencias patentes entre los hombres? ¿cómo se justifican? Recurriendo a Santo Tomás, el autor considera que las diferencias no son defectos, sino oportunidades para una mayor perfección total. De esta manera, somos posibles donantes y receptores de las gracias desigualmente distribuidas entre nosotros por Dios. Todos estamos necesitados de la entrega que el otro puede hacer de sí mismo. Nuestro carácter social consiste, precisamente, en la comunicación multidireccional de todos los dones divinos humanamente donados en el ejercicio de la caridad. Ahora bien, este ejercicio, personal e institucional, no se termina de realizar nunca en la historia, sino que nos hace una invitación escatológica.

Dando un paso más, la igualdad de los que desigualmente se autoentregan resulta incompatible con el espíritu de dominio y el derecho de conquista que creen tener unos hombres sobre otros, merced a la ley del más fuerte. En un mundo sin Dios el deudor débil estaría sometido al benefactor fuerte, por lo que la única igualdad imaginable consistiría, según el autor, en el logro de la autosuficiencia. En el cristianismo, sin embargo, la gratitud no esclaviza. Queda referida, originariamente, sólo a Dios, y se traduce en el uso caritativo de los dones que hemos recibido en favor de los que menos pueden darnos algo a cambio.

La idea de una libre aceptación del don, que reclama un uso de este con fidelidad creativa, da pie a que el autor termine el libro con un epílogo muy interesante. Lo que en él nos dice tal vez sea lo más original de la obra —y lo que el autor logra transmitir con la mayor agilidad y claridad—. En estas últimas páginas, O'Callaghan nos presenta una síntesis entre el conservadurismo, de corte tradicionalista, y el liberalismo. La primera actitud la relaciona el autor con el pasado, mientras que la segunda la vincula con el futuro. El cristiano no estaría llamado de forma exclusiva a ninguna de las dos alternativas, sino que sería, según el autor, un hombre de síntesis. Sin anclarse perezosa o cobardemente en lo heredado, sabe conservarlo con agradecimiento, porque esto le permite seguir avanzando libremente. A la vez, sin la impaciencia poco realista por hacer tabla rasa del pasado, acepta libremente un futuro que mejore lo ya conseguido.

Para terminar con esta síntesis del libro, tan sólo resta subrayar la atención que merecen sus páginas. No se trata de un libro innovador, pero esto no le quita su originalidad. No es la del creador en sentido estricto, sino la del profesor que, desde su propia perspectiva, hace gala de un gran talento sintético y expositivo. De ahí que el autor eche mano de numerosas citas que dan cuenta de sus muchas lecturas, pero que se integran con gran fluidez en el texto. El autor es conciso en todas sus páginas, que se leen con una cierta facilidad sin mengua de rigor alguno. Por ello, resulta ser una introducción ideal al importante tema de la ruptura entre el Evangelio y la cultura —el drama de nuestro tiempo, como dijo Pablo VI—. Asimismo, es un acicate para seguir pensando y viviendo el desafío de integrar ambos.

David Antonio Yáñez Baptista

Facultad de Filosofía de la Universidad Complutense de Madrid
dyanez@ucm.es